

# Anatomía de un recinto de fosos calcolítico del valle medio del Duero: el Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid)

GERMÁN DELIBES DE CASTRO, MANUEL CRESPO DÍEZ  
Y JOSÉ ANTONIO RODRÍGUEZ MARCOS

## RESUMEN

Las siete campañas arqueológicas efectuadas en el “recinto de fosos” de El Casetón de la Era (Villalba de Los Alcores, Valladolid) han permitido conocer las líneas maestras de estos yacimientos del inicio de la Edad del Cobre en el sector central de la Submeseta Norte española. La investigación aporta datos relevantes sobre el trabajo comprometido en la construcción de este dispositivo, sobre la adición de los fosos a un poblado previo, sobre la economía agropecuaria de sus ocupantes y sobre el impacto medioambiental de sus actividades. Los “recintos de fosos”, que entrañan un notable esfuerzo cooperativo, se asocian en el valle medio del Duero al primer poblamiento auténticamente estable y a la consolidación de la vida agraria.

**PALABRAS CLAVE:** Calcolítico, valle del Duero, recintos de fosos, poblados, economía agrícola, impacto ambiental.

## ABSTRACT

*Anatomy of a Chalcolithic Causeway Enclosure of the Middle Duero Basin: El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid, Spain).* The seven seasons of excavation at the ditched enclosure of El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid) have revealed the main features of these Copper Age sites in the central area of the Iberian Northern Plateau. New data about a wide range of issues, such as the labour required to construct the ditches, the addition of the ditches to an earlier settlement, the agricultural economy of the inhabitants of El Casetón de la Era, or the environmental alterations resulting from their activities, are now available. Ditched enclosures, the construction of which implies a great cooperative effort, are the earliest permanent settlements in the Middle Duero valley, and they point up the consolidation of the farming economy within this area.

**KEYWORDS:** Copper Age, Duero basin, causewayed enclosures, ditches, settlement, agricultural economy, environmental impact.

## 1. EL FENÓMENO DE LOS “RECINTOS DE FOSOS” EN EL VALLE MEDIO DEL DUERO

La huella de este tipo de monumentos, ampliamente documentada desde antiguo en Europa y reconocida en la mitad meridional de la Península Ibérica desde hace cuatro décadas (Márquez y Jiménez, 2010), ha alcanzado a detectarse en los últimos años también en la cuenca sedimentaria del Duero gracias a un proyecto de arqueología aérea. Los yacimientos identificados al día de hoy en este espacio central de la Submeseta Norte se aproximan al medio centenar, distribuidos por las provincias de Palencia, Salamanca, Segovia, Valladolid y Zamora, y corresponden, a juzgar por los materiales arqueológicos que entregan en superficie y por algunas dataciones de carbono 14, al “horizonte Las Pozas” o Cobre Precampaniforme regional: un fenómeno arqueológico, por tanto, homogéneo, que se concentra en las últimas centurias del IV Milenio y en la primera mitad del III AC (Delibes et al., 2014), por más que doscientos kilómetros al Este, en el soriano valle de Ambrona, existan *enclosures* del Neolítico Antiguo, como La Revilla, que reivindican fechas del VI milenio (Rojo et al., 2008).

Dotadas de escala y debidamente ortorrectificadas (pues en su mayoría son oblicuas), las fotos aéreas (fig. 1) proporcionan invariablemente imágenes de recintos de diseño anular y reducido tamaño, lo que no significa que sean iguales. Porque, según los casos, pueden presentar una única línea de fosos (Los Melonares, San Miguel, Somante al Cuadro), dos (El Mesón, El Moscatel, Santa Cruz II) o tres (El Casetón de la Era, Las Canteras, Las Pozas 1, Los Villares), y porque sus superficies oscilan entre 0,5 ha de La Corona o Las Ligeras de Abajo y 3,5 ha de, por ejemplo, Las Canteras y Los Villares, muy lejos en cualquier caso de las 6 ha de los *enclosures* considerados oficialmente “grandes” (Oswald et al., 2001: 73). Otro rasgo común es la discontinuidad de los trazados de sus fosos, esto es la existencia de interrupciones que debieron actuar como puertas a la vista de que en los recintos de anillos concéntricos se presentan nada raramente alineadas. Puertas, por lo demás, cuya posición suele resaltarse incurvando los extremos del foso hasta adoptar la forma de embudos (Cuesta del Pájaro y Los Villares) y de entradas en esviaje (San Martín), cuando no de sofisticadas barbacanas a modo de “pinzas de cangrejo” (Las Canteras) (Delibes et al., 2014).

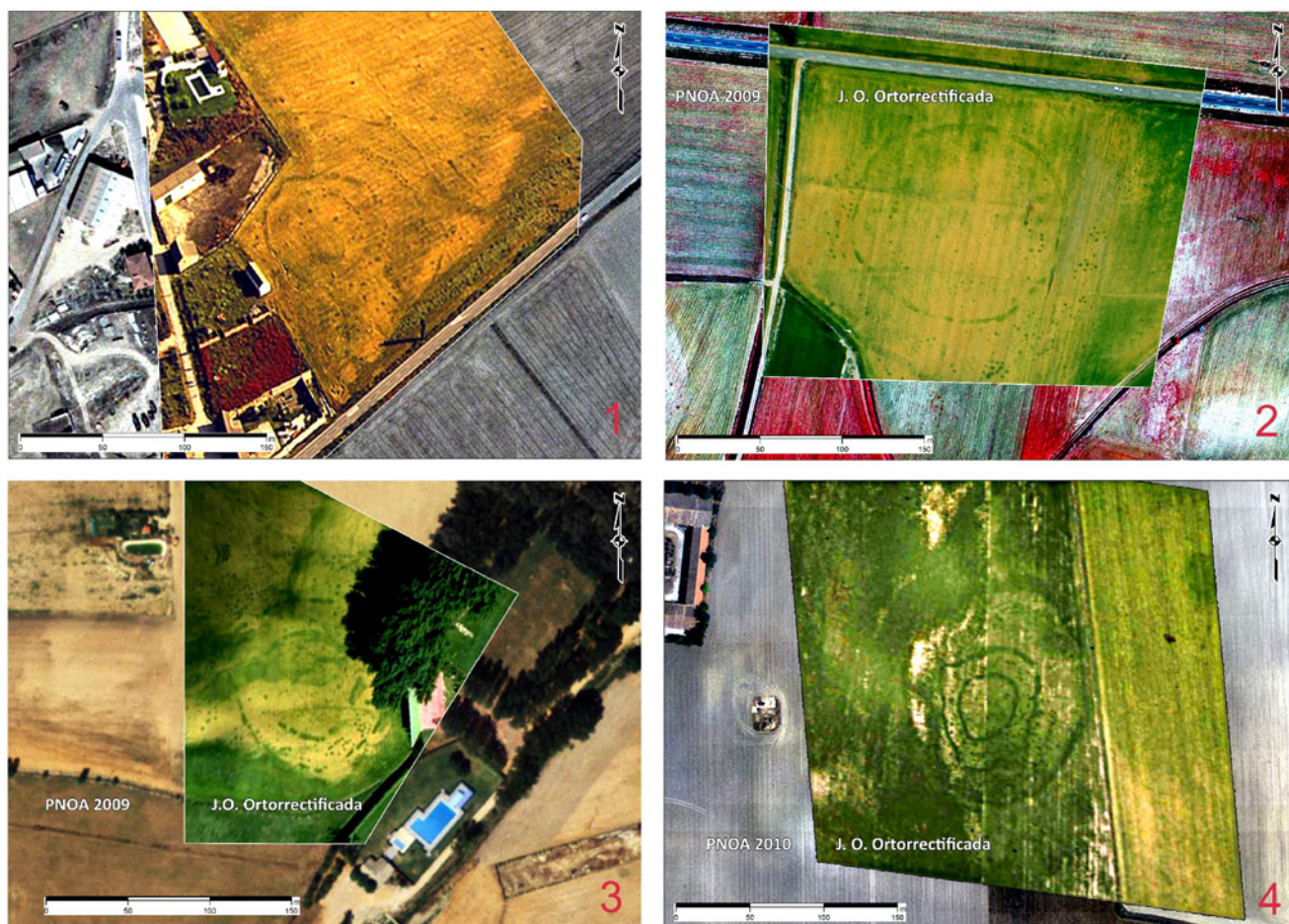


Fig. 1. Fotografías ortorectificadas de algunos recintos de fosos del valle medio del Duero, provincia de Valladolid. 1.- El Mesón, Villarmentero; 2.- San Miguel, Cubillas de Cerrato; 3.- El Moscatel, Torrelobatón; 4.- El Casetón de la Era, Villalba de los Alcores.

Por sí solas, las fotos no permiten deducir cuál era la funcionalidad de los recintos de fosos pero sí revelan su asociación sistemática a “campos de hoyos”. Nada más lejos de nuestra intención que discutir aquí el significado de estos complejos yacimientos “de hoyos”, aunque recordemos que la opinión mayoritaria considera son cuanto sobrevive de unos asentamientos prehistóricos con construcciones de barro y madera literalmente arrasados por la erosión (Fernández-Posse, 1998: 112-115; Blanco González, 2009: 105-114). Por más que el moteado de los hoyos sobrepase con frecuencia los límites de los recintos, parece lógico pensar, pues, que los fosos actuaran como cinturones o contornos de unos poblados cuyas viviendas solo muy excepcionalmente alcanzan a detectarse en los fotogramas aéreos (García García, 2013: 181). Pero, afirmado esto, urge añadir que no todos los establecimientos calcolíticos precampaniformes del valle medio del Duero contaron con fosos delimitadores, lo que obliga a reconocer en los que los tienen, en los dotados de infraestructuras tan onerosas como indudablemente fueron aquellas largas y profundas trincheras, un carácter especial y seguramente cierta centralidad dentro de las redes de poblamiento.

En todo caso, como tales hábitats, los recintos se atienen a un patrón de asentamiento bastante regular en el que prima la vecindad a pastos húmedos y a tierras de cultivo en detrimento de mejores condiciones defensivas. Unos planteamientos que,

en esta zona del Duero medio, determinan que los enclaves se alejen de las crestas de los páramos y de las culminaciones de las cuestas para instalarse cerca del fondo de los valles, cuando no a orillas mismas de los ríos, siempre, eso sí, con la precaución de elegir un leve promontorio o una arruga del terreno que, una decena de metros sobre el entorno inmediato, les ponga a resguardo de las avenidas fluviales. El estudio, por último, de la capacidad agrológica de los suelos próximos a los yacimientos revela una tendencia acusada a fundar los recintos junto a las vegas más fértiles y fáciles de labrar, cuyos suelos de gravas envueltas en un sedimento de arenas y limos suelen ser, significativamente, los más abundantes en los entornos inmediatos de los recintos pese a su relativa rareza a nivel general de la zona (Delibes et al., 2014: 154-164). Un valioso indicador, sin duda, de la vocación agrícola de los ocupantes de nuestros yacimientos.

El acceso a esta información sobre los recintos de fosos, que amplió sensiblemente las perspectivas de estudio del Calcolítico de la Submeseta Norte, no hizo, sin embargo, sino magnificar la necesidad de diseccionar y conocer a fondo uno de estos yacimientos. El elegido fue El Casetón de la Era, en Villalba de los Alcores (Valladolid) en el que desde 2006 se han desarrollado siete campañas de excavación de las que se han ido publicando pequeños avances (Delibes et al., 2009; Delibes et al., 2010).

Hoy presentamos aquí una visión de conjunto muy renovada del funcionamiento de este enclave, como homenaje a un sabio arqueólogo, a un hombre justo y a un entrañable amigo: Bernat Martí Oliver.

## 2. EL TRIPLE ANILLO FOSADO DE EL CASETÓN DE LA ERA: EMPLAZAMIENTO, TRAZAS, ACCESOS Y RELLENOS

El yacimiento se localiza en un espacio de transición entre la plataforma calcárea de los Montes Torozos, cuyas cuestas se levantan inmediatamente al Sur y al Oeste de la estación, y la campiña de Tierra de Campos que se abre, en dilatado horizonte, en dirección Norte (fig. 2). Ocupa la culminación y la vertiente septentrional de un leve alomamiento, a cuyos flancos discurren los arroyos Mijares y de las Cárcelas, y en perspectiva geológica se asienta sobre depósitos de margas y arcillas, fáciles de labrar en condiciones de humedad, que se asimilan a las facies “Cuestas” y “Tierra de Campos” del ciclo miocénico Astaraciense-Vallesiense (Hernández Pacheco, 1915). Desde su emplazamiento se domina una amplia cuenca visual en dirección norte –que significativamente coincide con las campiñas de mayor potencial agrícola del entorno-, mientras que en el resto de las orientaciones las laderas de los páramos vecinos bloquean enseguida las líneas de visión.



Fig. 2. Localización del yacimiento.

Gracias a una amplia colección de fotografías aéreas y a las imágenes obtenidas en una prospección geomagnética efectuada en 2008 (Becker et al., e.p.), disponemos de una buena visión de conjunto del yacimiento, constituido por tres a fosos concéntricos circulares o ligeramente ovales, que circunvalan una superficie de 1,7 ha y a lo largo de cuyo trayecto existen diversas interrupciones a modo de accesos (fig. 3). El foso exterior o Foso 3, que mide 153 m de diámetro, cuenta con cinco de tales entradas; en el intermedio (Foso 2), cuyo diámetro alcanza los 85 m, se registran cuatro interrupciones; y en el interior (Foso 1), de 46 m, únicamente dos.

La sección y las dimensiones de los fosos presentan contrastes considerables a lo largo de su trazado: la anchura, por ejemplo, oscila según los tramos entre los 3,5 m y los 5 m; la profundidad, que alcanza los 2,5 m en el foso 2, apenas llega al metro y medio en el foso 3; y las secciones pueden ser en “U”, de paredes cóncavas (Foso 3), o en “V”, aunque en este caso los taludes, muy pronunciados, no llegan a converger en un ángulo diedro, por formar antes un estrecho fondo plano (Fosos 1 y 2) (fig. 4).

En lo que no existe variación es en que los fosos aparecen sistemática y totalmente colmatados como consecuencia de procesos de origen diverso. Por ejemplo, los análisis sedimentológicos efectuados en el Foso 1 atestiguan que, mientras el tramo inferior del relleno acoge casi en exclusiva arcillas limpias, desplazadas por gravedad, y el intermedio vertidos naturales y echadizos antrópicos, en el superior predominan por completo estos últimos, lo que trasluce cierta voluntad de amortizar la zanja. En todo caso, aunque no puedan descartarse posibles limpiezas o “recuttings” de los fosos, la impresión dominante es

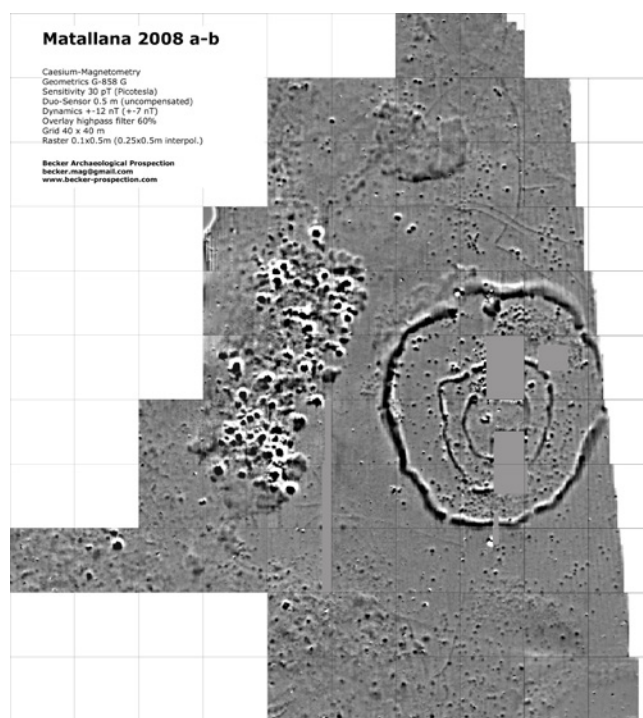


Fig. 3. Magnetograma realizado en 2008.



Fig. 4. Sección del Foso 1.

que los rellenos fueron fruto de procesos continuados y de corta duración, dentro de la misma dinámica de ocultamiento que rige en yacimientos similares y que ha inducido a acuñar el término “arquitectura reversible” (Márquez Romero, 2013: 82).

El argumento clave a la hora de defender la rapidez de la formación de los rellenos, más que las dataciones absolutas que, con mostrarse muy agrupadas, carecen de suficiente resolución, es que la sedimentación en ningún momento se detuvo o estabilizó el tiempo suficiente para que a techo llegaran a formarse verdaderos suelos: sencillamente la continuidad de los vertidos lo impidió (Delgado, 2007). Una situación, en todo caso, que no es incompatible ni con que dentro de la zanja llegaran a brotar plantas de vida corta en primavera, ni con que determinados elementos arqueológicos del relleno, caso de los huesos, a juzgar por su alteración postdeposicional (por agua, por raíces, por actividad de roedores o por carroñeo de carnívoros), muestren huellas de exposición aérea.<sup>1</sup>

Otra cuestión a discutir es el orden de excavación de los fosos. Tal y como algunos autores han planteado, es difícil que una obra de esta envergadura se realizara de una sola vez e, incluso, que todos los fosos permanecieran abiertos al unísono (Díaz del Río, 2008; Ríos Mendoza, 2011: 74-80; Balsera et al., 2015: 151-153). En el caso concreto de El Casetón de la Era algunos detalles nos hacen sospechar que ni la obra de los tres fosos fue simultánea ni existió un proyecto inicial de conjunto que contemplara todos ellos abiertos a la vez, como los vemos hoy. La primera evidencia proviene de la disposición de las entradas en los recintos. Las once o doce con que cuenta el conjunto no se reparten equitativamente entre los tres fosos, sino que su número decrece de fuera hacia adentro. Ello no tendría mayor importancia y se podría considerar una simple forma de restringir el acceso al espacio central del recinto, si no fuera porque —en perfecta oposición a los que sucede en los “erdwerke” centroeuropeos de, por ejemplo, Osterhofen-Schmiedorf, Tesetice-Kyjovje o Bucany (Parkinson y Duffy, 2007: 104, fig. 4)— en El Casetón de la Era apenas se registran alineaciones en-

tre las puertas de los distintos recintos, reconociéndose solo con claridad la existencia de un eje Noroeste-Sureste que atraviesa los recintos 1 y 2.

Un segundo argumento a favor de la diacronía de los fosos lo aportan las columnas polínicas efectuadas en ellos. En la base de la correspondiente al foso 1 los pólenes registran una fase caracterizada por una cobertura arbórea/arbustiva considerable que no tiene correspondencia en los sedimentos del relleno inferior de los fosos 2 y 3. Aquí, en efecto, lo acreditado es ya una degradación de aquella vegetación clímax en la que el bosque/monte retrocede ante la explosión de plantas no arbóreas como *Aster*, *Cardueae*, *Cichorioreae*, *Cerealía*... exponentes claros de una progresiva antropización del paisaje (López Sáez, 2007). Por tanto, si interpretamos el retroceso de la masa arbórea como resultado de una presión humana acumulada, el inicio de la colmatación del foso 1 hubo de preceder a la excavación e inicio del relleno de los fosos 2 y 3, demostrando que no fueron sincrónicos en origen.

Por último, disponemos de ocho dataciones radiocarbónicas para el relleno de los fosos (fig. 5) que denotan una indudable concentración y que sitúan la vida del recinto en la primera mitad del III milenio cal BC. Tres de ellas, sobre muestras que proceden de los estratos basales del relleno del Foso 1 (GrA-34319, GrA-42526 y PoZ-43671), resultan muy coherentes entre sí y datan el inicio de la colmatación del foso con un máximo de probabilidad entre 2750-2500 cal AC. Otra (GrN-30550), que procede de la base del Foso 2, muestra un grado de incertidumbre tal que podría relacionarse con cualquier momento de la trayectoria ocupacional del yacimiento. El resultado de GrA-42529, que se refiere al inicio de la colmatación del Foso 3, remite por su parte al 2580-2340 cal AC, fecha a todas luces

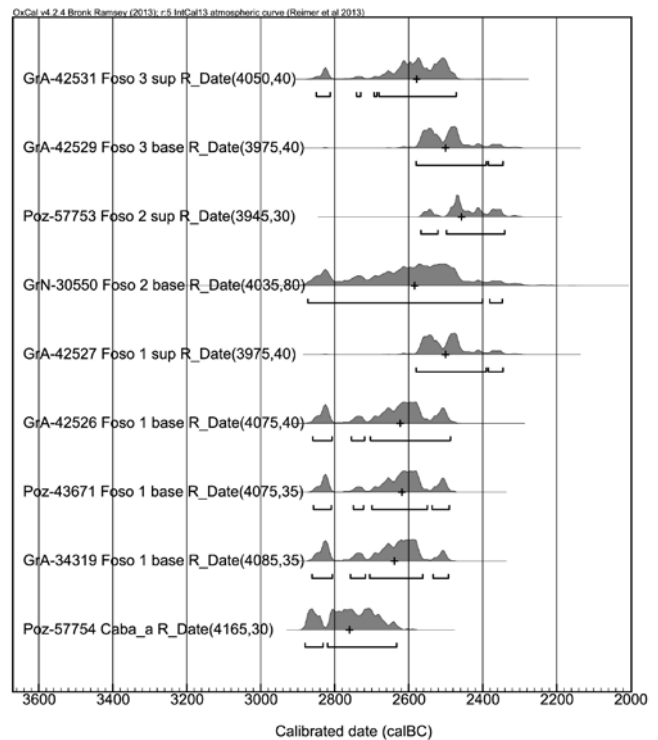


Fig. 5. Dataciones radiocarbónicas, calibradas a 2 sigmas, para el relleno de los fosos y madera de un poste de la Cabaña A.

<sup>1</sup> Información que agradecemos al Dr. Carlos Fernández, de la Universidad de León, responsable del estudio de la colección faunística del yacimiento.

posterior a las defendidas para los inicios del relleno del Foso 1. Y, además, esta última datación se superpone prácticamente tanto con GrA-42527: 2580-2340 cal AC, obtenida para la culminación del Foso 1, como con PoZ-57753: 2567-2341 cal AC, del final del relleno del Foso 2, de lo que se deduce que, por más que nos encontremos ante un yacimiento de trayectoria corta, la excavación del foso exterior tuvo lugar cuando los dos interiores estaban prácticamente amortizados.

### 3. EL ESPACIO DOMÉSTICO INTRAFOSOS: VIVIENDAS Y HOYOS

Las excavaciones en el interior de los recintos del Casetón de la Era han permitido identificar numerosas estructuras que, en función de su naturaleza y morfología, cabe agrupar en dos clases. A la primera corresponderían ocho cabañas circulares (fig. 6) cuyos restos apenas sobreviven debido, en parte, a su construcción en “blando” (barro y materia vegetal), pero sobre todo a causa de la erosión severa sufrida por el yacimiento que supuso la eliminación de cualquier estrato horizontal de ocupación en su interior. De tamaño variable, las cabañas o casas aparecen delimitadas por una zanja perimetral de cimentación de sección en “U” y 20/30 cm de profundidad, en cuyo fondo y de forma espaciada (p.e. en la cabaña A) se documentan los pies de poste de lo que fue el armazón principal de sus paredes. Las hay grandes, con diámetros que superan los 6 m (A, C y F), y pequeñas, de solo 3-4 m (B, E y D), y en general –por problemas de conservación– no está muy claro ni dónde se situaban sus accesos ni cómo se distribuía su espacio interior, aunque parece tratarse de viviendas de dependencia única similares a las de otros enclaves coetáneos tanto de la propia cuenca del Duero (ver, p.e., Fabián García, 2006: 203-222) como extrameseteños (ver, p.e., Zafra de la Torre et al., 1999: 84; Serrano et al., 2011: 125-126).

Con todo, pese a su mala conservación general, no faltan algunas evidencia de equipamiento interno en dos de las viviendas: en la Cabaña A, los restos de un pavimento tosco, de tierra, lo que parece ser una placa de hogar asimismo de arcilla, y tres pequeños hoyos de poste (dos de ellos calzados con cantos de caliza), que se alinean en el interior y debieron formar parte del dispositivo que soportaba la techumbre. Por su parte, la Cabaña B, conserva también intramuros los restos de una solería de barro rojizo que ocupa gran parte de su superficie meridional.

Nos consta al menos la superposición de dos de las cabañas –la B corta en dos puntos la zanja de cimentación de la A– lo que revela, por un lado, la necesidad de renovar unas construcciones no muy duraderas, y por otro la determinación de los ocupantes de seguir haciendo uso del mismo espacio. Los alzados de estas estructuras no se conocen con precisión pero no debieron ser muy distintos de los de otros poblados calcolíticos, a base de un “cuerpo bajo cilíndrico y cubierta cónica, formada por un entramado de madera y ramajes flexibles, reforzado con algunos postes en el perímetro y la entrada y con un posible cubrimiento de barro para mejorar el aislamiento” (Lechuga Chica, Soto y Rodríguez-Ariza, 2014: 357). De todo ello, en El Casetón no se conserva sino un ingente número de pellas de barro, cuajadas de improntas de tallos de cereal, de hojas, de ramas y de postes de distintos calibres, que tienden a concentrarse en los fosos y en determinados hoyos más que en el espacio habitacional propiamente dicho.



Fig. 6. Cabaña H.

La localización de estas ocho unidades domésticas al interior del perímetro fosado<sup>2</sup> se presta a la lectura de que estos últimos delimitaban y proporcionaban defensa al poblado, constituyendo ambos un conjunto armónico; pero, para poder afirmarlo con garantías es preciso demostrar que el caserío y los fosos estuvieron operativos al mismo tiempo. Y, a falta de relaciones estratigráficas directas entre ambos, porque ya hemos dicho que el yacimiento se halla en gran medida arrasado, encontramos tres inconvenientes importantes para aceptarlo: 1) que algunas de las cabañas (p.e. la A y la C) han sido “cortadas” directamente por los fosos; 2) que tanto la Cabaña A como la B, contra toda organicidad funcional, se sitúan al exterior de una de las puertas del recinto nº 1, prácticamente bloqueándolo; y 3) que una de las fechas C<sup>14</sup> sobre carbón procedente de la zanja de la Cabaña A (PoZ-57754: 2890-2620 cal AC) es resultante más “antigua” que cualquiera de las dataciones de los niveles basales del relleno de los fosos. Tres argumentos contundentes, entendemos, en favor de contemplar la existencia de dos fases, las dos calcolíticas y consecutivas, en la vida del yacimiento: la primera correspondiente a la fundación de una aldea abierta, sin límites establecidos, y otra posterior, una vez excavados los fosos, en la que tiene lugar la “monumentalización” del sitio.

Todo ello prueba que nos hallamos ante un yacimiento complejo, en permanente reelaboración y con, incluso, cambios de uso a lo largo de su vida: el caserío original, de cierta trayectoria –la superposición de las zanjas de cimentación de las viviendas así lo demuestra–, en un determinado momento, cuando se excavaban los fosos, parece perder su función originaria o, cuando menos, se ve obligado a subordinar su urbanismo al trazado de aquellos, convertidos desde entonces en principal elemento vertebrador del espacio.

Finalmente, quedaría por despejar la incógnita de cuál fue la relación entre el poblado y los fosos, para lo que resulta imprescindible reconocer la trayectoria cronológica de ambos fenómenos o, lo que es lo mismo, discernir si llegaron a funcionar

2 En su mayor parte (Cabañas A, B, C y D) se sitúan en el espacio que media entre los fosos 1 y 2. Tan solo la Cabaña E, ubicada entre los fosos 2 y 3 y la H, identificada en el espacio comprendido por el foso 1, escapan a esta dinámica.



Fig. 7. Cráneo de bóvido, rodeado de piedras, en el Hoyo nº 67.



Fig. 8. Hoyo nº 39, durante su proceso de excavación.

a la vez o fueron simplemente sucesivos. En todo caso, la constatación de que al menos una parte de los recintos es posterior a algunas de las cabañas nos pone sobre aviso de que estos lugares fueron auténticos palimpsestos; sitios que acumulan evidencias de distintos momentos, erróneamente homogeneizadas y posiblemente con funciones y significados diferentes a lo largo del tiempo, lo cual supone un lastre para cualquier intento de estudio desde un enfoque simplista y unilineal.

Pero, volviendo a las estructuras intra fosos, junto a las cabañas, se documentan otras estructuras, subterráneas, que permiten vincular El Casetón de la Era a los yacimientos tipo “campo de hoyos” tan representativos de la Prehistoria Reciente de la Meseta. Durante las excavaciones se ha exhumado un total de 56 de tales hoyos correspondientes al Calcolítico Pleno, los cuales se distribuyen sin planificación ni orden aparente. Muchos son contemporáneos de los recintos y los excavados representan solo una parte insignificante de los existentes a juzgar por los cientos de ellos –nada raramente desbordando el perímetro de los fosos y formando pequeñas agrupaciones– que se aprecian tanto en el magnetograma como en la fotografía aérea. Cuentan con profundidades y dimensiones variables, aunque en la mayor parte de los casos domina la profundidad sobre la anchura (v. fig. 12) Y serían muchos los rasgos a destacar sobre la naturaleza y particularidades de sus rellenos, ciertamente complejos, pero nos conformamos con apuntar algunas tendencias. Por ejemplo que, además de las consabidas cenizas, restos de fauna y añicos de cerámica que, comúnmente son interpretados como “basura”, incluyen no pocas veces contenidos de significado más explícito, como los que aconsejan a algunos autores a hablar de “depósitos estructurados” (Márquez Romero, 2006: 15-26). Entre ellos los hay que cobijan en su interior osamentas de animales domésticos y no raramente elementos de molienda. Por ejemplo el nº 67, de 102 cm de diámetro y 110 de profundidad, contiene un cráneo completo de bóvido (fig. 7) cuya disposición –junto a la pared sur del hoyo y rodeado por piedras– tiene paralelos muy ajustados en el poblado calcolítico de Camino de las Yeseras (Liesau et al., 2008: 106-107). Y en el hoyo nº 7 el depósito consiste en dos patas completas de ternera acompañadas de la solera de un enorme molino de vaivén.

En otras ocasiones lo que aparecen son materiales relacionados con actividades artesanales concretas o restos constructivos. Encontramos buen ejemplo de lo primero en el hoyo nº 70 (de 134 cm de diámetro y 116 cm de profundidad), con los restos amortizados de un taller de talla de sílex: una docena de percutores de cuarcita de distinto tamaño, núcleos, lascas y *debris* con los que ha sido posible realizar diversos remontajes, y un útil sobre extremo de candil de asta, seguramente un compresor. Y no es peor testimonio de lo segundo el hoyo nº 39 (de 120 cm de diámetro en la boca y 140 de profundidad), colmatado enteramente con pellas y manteados de barro que, procedentes de las paredes de alguna de las cabañas del enclave, fueron conducidas hasta el interior de la cubeta, una vez que la vivienda de la que formaban parte dejó de ser operativa (fig. 8).

Si tenemos en cuenta que tales hoyos nada excepcionalmente muestran unos gestos de colmatación pautados, que bastantes de ellos presentaban en su parte superior espesos “tapones” de barro limpio (entre 25 y 40 cm) que sin duda alguna sirvieron para sellarlos, y que algunos más –p.e. el hoyo nº 5– presentaban la boca rodeada por un anillo construido con cantos medianos de caliza, buscando significar la estructura, llegaremos a la conclusión de que la funcionalidad de muchos de los hoyos en el estado en que han llegado hasta nosotros reviste un matiz ideológico y ritual más que meramente utilitario. Seguramente en origen, dadas sus dimensiones y perfiles, muchas de estas estructuras sirvieron como almacenes o silos, pero, en último término, algunas terminaron adquiriendo una funcionalidad ritual, propiciatoria, relacionada con el importante papel que la ganadería, la agricultura y otra serie de actividades de la vida cotidiana jugaban en la pequeña comunidad propietaria del enclave.

#### 4. ESCENARIO DE ACTIVIDADES AGRÍCOLAS Y GANADERAS

No nos pasa por alto que, siendo la principal pretensión de este trabajo dar testimonio de la “anatomía” del recinto de fosos de El Casetón de la Era, ocuparnos de la subsistencia de sus habitantes nos desplaza resueltamente a la vertiente de su “fisiología”. Sin embargo, el vínculo de las actividades de aquellas gentes con la

tierra, con algo tan físico como el suelo que pisan, es tan estrecho, que nos sentimos legitimados para hacer una breve incursión en este terreno. Ya adelantamos páginas atrás que el estudio de los criterios locacionales que rigieron en la elección de los emplazamientos de los recintos de fosos del Duero Medio demuestra que el factor decisivo no fue ni la prominencia (altitud respecto a la media del entorno) ni el afán de dominio visual, sino la accesibilidad a los espacios productivos. La regularidad más significativa, en efecto, es que todos los yacimientos disponen en sus inmediaciones, concretamente en la isocrona de 15 minutos, de mayoría de terrenos aptos para el cultivo, incluso para una agricultura de altos rendimientos, mientras que, conforme nos alejamos, el espacio laborable decrece sustancialmente en favor de tierras “marginales” constituidas por monte y terrenos improductivos.

En el caso concreto de El Casetón de la Era, en el rango del primer cuarto de hora de marcha se registra nada menos que un 92% de tierras cultivables (76% de cultivo extensivo y 16% intensivo); en la isocrona de media hora, el porcentaje ha descendido hasta el 57% (47 y 10% respectivamente); y en la de una hora, cultivo y monte/improductivo prácticamente se equiparan (52 y 48%). Así las cosas, no resulta temerario plantear que la población que ocupaba el yacimiento orientaba especialmente su quehacer al cultivo extensivo cerealista, aunque el equilibrio existente en el último de los rangos entre tierras laborables y no laborales no oculte la notable importancia que hubo de tener también la ganadería (Delibes et al., 2014: 154-183).

En rigor, los datos del registro arqueológico, pese a su indudable interés, no tienen la fuerza necesaria para validar el modelo de usos de suelo sugerido, pero sí aportan algunos argumentos a su favor. La información de sendos sondeos polínicos en los fosos 1 y 2 se hace eco de varios detalles interesantes al respecto: el primero que, aunque no desde el mismo comienzo de la trayectoria de El Casetón, los valores de *cerealia* superan el 3%, lo que significa con toda seguridad que los campos de grano se hallaban –en coincidencia con lo previsto en el análisis locacional– al borde mismo del poblado. Además que, conforme la fundación aldeana se estabiliza, los bosques de quercíneas de las inmediaciones fueron disminuyendo en extensión, fueron aclarándose, lo que en algún caso pudo ser consecuencia de la necesidad de ampliar el espacio cultivable (López Sáez, 2007). La información carpológica, por otra parte, insiste en la importancia de la agricultura cerealista a través de la abundancia de granos de cebada (*Hordeum vulgare*) y de trigo desnudo (*Triticum aestivum/durum*), que son los dos únicos cultígenos registrados, a falta de otros cereales y de semillas de cualquier leguminosa (Ruiz Alonso y Peña Chocarro, 2012). Pero lo que da verdadera medida de la importancia de la agricultura de cereal es el uso de trillos, esto es de aperos concebidos para procesar el grano en grandes cantidades. Su existencia se rastrea en El Casetón de la Era a través del hallazgo de las “chinas” o dentales que empedraban su vientre, cuyo análisis traceológico permite comprobar la coexistencia de desgastes producidos tanto por el roce con el suelo de la era como durante el corte del bálago (Gibaja et al., 2012).

Los dentales son grandes lascas o láminas espesas de sílex oscuro, con talla bifacial (fig. 9), que sabemos fabricadas en el propio yacimiento pero también en otros puntos próximos de los Torozos donde se han localizado importantes talleres como el de Los Cercados, en Mucientes (Delibes y Herrán,

2007: 162-167). A juzgar por el considerable índice de carenado de los pedernales, la barquilla en la que iban encastrados debió estar constituida no por una tabla sino por palos o cañas atados, igual que en los llamados “trillos cananeos”, alineándose las piedras en las juntas y permaneciendo fijadas a ellas gracias a la aplicación de algún tipo de almáciga (Anderson e Inizan, 1994). Las tres decenas de piezas de El Casetón de la Era fueron halladas independientemente y en diferentes lugares, lo cual nos priva de cualquier pista sobre dónde pudieron encontrarse las eras. Si sabemos, en cambio, gracias a la identificación de fitolitos en el filo de una de las piezas, que lo trillado, al menos en ocasiones, fue trigo y que, como vimos páginas atrás, la paja cortada y picada se utilizaba, mezclada con barro y probablemente con excrementos de rumiante, como parte del manteado con el que se protegían las paredes de ramas y troncos de las cabañas.

Todo ello acredita, sin reservas, la pujanza del cultivo de cereales en el centro de la Submeseta Norte durante el III Milenio; cereales que, como indican los fitolitos de los molinos de mano, de caliza local, del propio Casetón de la Era (Portillo y Albert, 2012), se transformaban normalmente en harina lo que sugiere que los habitantes del sitio eran ya auténticos comedores de pan, *sitofagoi* como decía Homero. Un dato éste, por cierto, que se corresponde perfectamente con lo que se sabe de la dieta de la población meseteña del Cobre precámpaniforme gracias a un estudio de oligoelementos de los esqueletos de la sepultura abulense de El Tomillar, en Bercial de Zapardiel (Trancho et al., 1996).

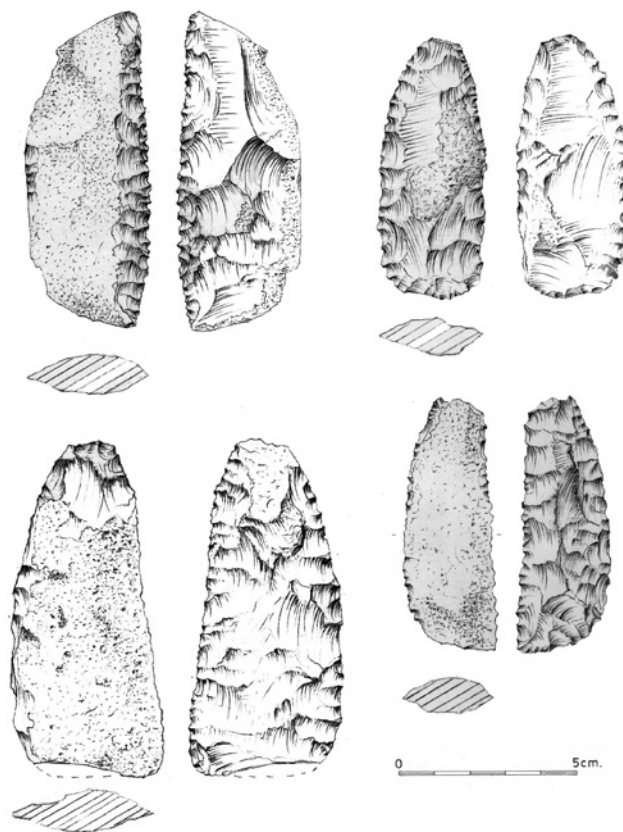


Fig. 9. Foliáceos identificados como dentales de trillo.

Y, como es normal en cualquier economía agraria, el ganado desempeñó también un papel destacado. De sus posibilidades en El Casetón habla en cierto modo la amplia extensión de los suelos de uso potencial “monte”, que, como vimos, constituyen casi la mitad de los habidos en la isocrona de una hora (Delibes et al., 2014: 179). Pero existen otros datos más concluyentes, como los altos porcentajes en los análisis polínicos de *Sordaria* y *Sporormiella*, dos ascosporas coprófilas que parasitan las deyecciones del ganado y se consideran muy indicativas de la presión pastoril sobre el entorno. Y, también en relación con el paleoambiente, es reseñable que la superficie de los bosques, a juzgar por la dinámica de PA/PNA, tiende durante la vida del yacimiento a la regresión: el fuego, como delata otra ascospora fúngica, esta vez carbonícola, *Chaetomium*, fue, al menos en los primeros momentos del establecimiento, utilizado para aclarar el bosque, muy probablemente con la intención de crear nuevas zonas de pasto (López Sáez, 2007).

Además de los polínicos, otros muchos datos abundan en la importancia de la actividad pecuaria. Sin ir más lejos, los restos óseos del relleno del Foso nº 1 y de cinco hoyos asimismo calcolíticos (Fernández Rodríguez, 2010 y 2014) revelan la existencia de una cabaña ganadera diversificada y bien asentada, compuesta por vacas, cerdos y ovicaprinos, a los que no nos atrevemos a añadir el caballo mientras los análisis de ADN en curso no garanticen –y, por el momento, no es la hipótesis mejor valorada– su condición de especie doméstica (fig. 10). Una

situación no muy diferente de la documentada en el yacimiento zamorano coetáneo de Las Pozas (Morales Muñoz, 1992).

Comenzando por las tres especies cuyo carácter doméstico es seguro, observamos como el ganado vacuno jugó un importante papel en la economía del asentamiento, ya que si bien es cierto que en número de restos (NR) y número mínimo de individuos (NMI) se ve superado por los ovicaprinos, en lo referente al peso se erige en claro dominador de la muestra con valores que alcanzan el 67% de la fauna doméstica del Foso 1 y el 80% en los hoyos. Este protagonismo, documentado también en otras estaciones contemporáneas del valle medio del Duero (García Barrios, 2007: 413) y de la vecina cuenca del Arlanzón (Carmona, 2013: 302-306), parece indicativo de su importante papel como “proveedor de biomasa” para las gentes de El Casetón de la Era. Sin embargo, no sería ésta la única ni probablemente la principal utilidad de la vacada. La gestión de esta cabaña ofrece unos patrones de sacrificio en los que, si bien se da muerte a algunos individuos infantiles y juveniles, más del 60% sobrevive a dicha edad, en una dinámica que supone el cuidado y la alimentación de un número de ejemplares adultos muy superior al necesario para asegurar la tasa de reposición del rebaño. De ahí lo razonable de deducir una estrategia orientada, más que a consumo cárnico, a otros usos como la producción láctea y la obtención de fuerza tractora, hecho este último que, en ausencia de caballos domésticos, obliga a pensar en los bueyes como único posible elemento tractor de los trillos.

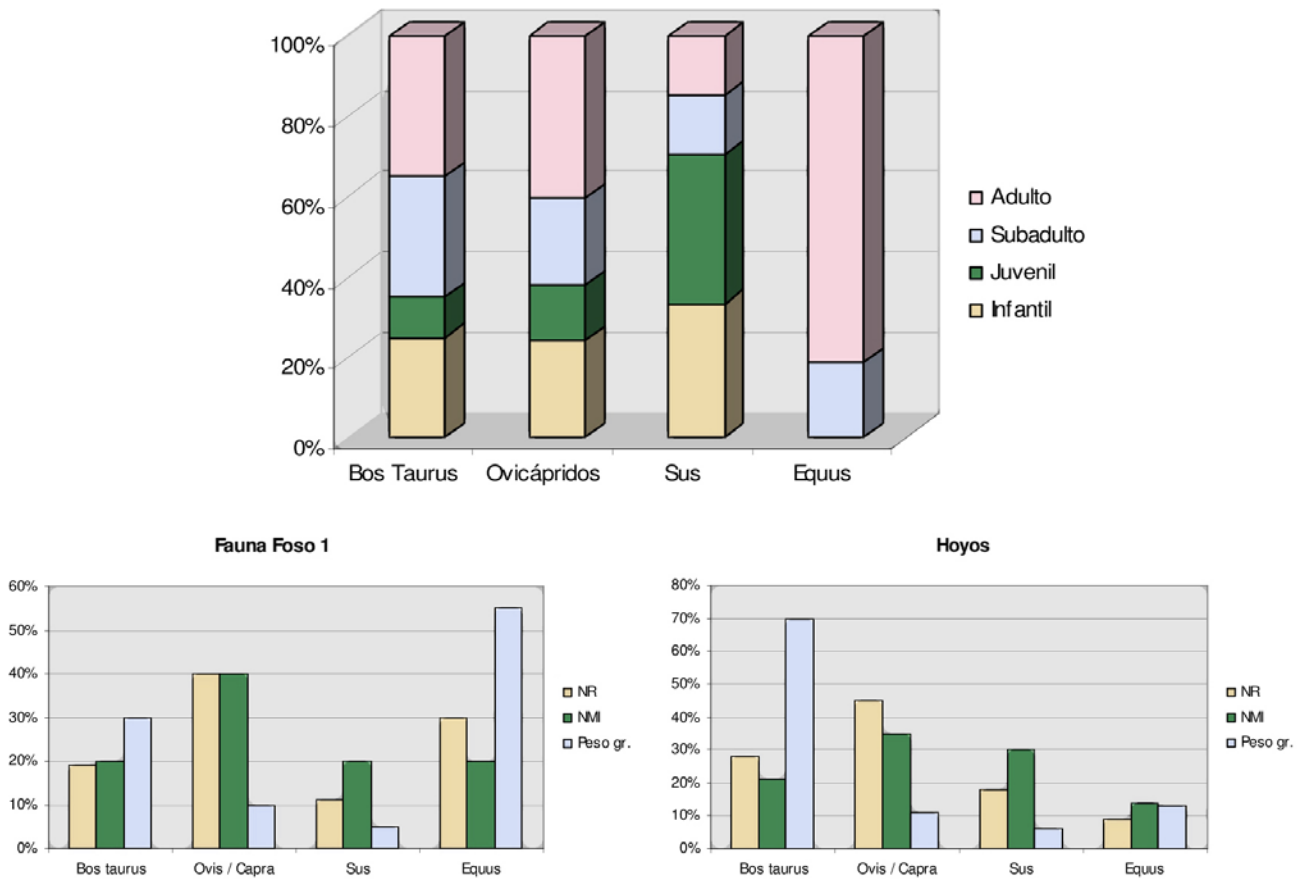


Fig. 10. Gráficas con porcentajes de fauna hallada en el Foso 1 y en los hoyos y edades de sacrificio de las especies más representadas.



Como ya se ha señalado, el NR de los ovicaprinos es superior (57% en el foso y 49% en los hoyos), pero el aporte cárnico, a juzgar por su peso, que solo representa un 21% de los restos hallados en el foso y un 13% de los recuperados en los hoyos, puede considerarse bajo. La edad de sacrificio responde a pautas muy similares a las del vacuno, con más del 60% de las reses sacrificadas a edad adulta y subadulta, lo cual refrenda la importancia en El Casetón del aprovechamiento de los “productos secundarios” del ganado: leche, abono y, en este caso, tal vez lana.

Y completa la muestra de domésticos el porcino, con valores entre 16% en el foso y 20% en los hoyos en NR y de 7% (hoyos) a 12% (foso) en peso. Más del 60% de los individuos son cochinitos, primales y marranos de segundo año, es decir, ejemplares que aún no han alcanzado su óptimo cárnico, por lo que es probable que a los pocos adultos representados les estuvieran reservadas funciones reproductoras. Tras este patrón de sacrificio a edades tempranas subyace, sin duda, un aprovechamiento cárnico peculiar que podría responder tanto a preferencias gastronómicas como a la necesidad de controlar la demografía de un animal omnívoro como es el cerdo, cuya base alimentaria se solapa en gran medida con la humana.

En definitiva, a la vista de los datos disponibles se puede afirmar que los habitantes de El Casetón de la Era contaron con una cabaña ganadera variada, equilibrada y conciliable con las actividades agrícolas. Seguramente lo más significativo de la gestión pecuaria sea el alto porcentaje de ejemplares adultos de vacuno y lanar, delator del aprovechamiento de sus recursos secundarios, pero también es destacable el control de las poblaciones de cerdos y ovicaprinos mediante el sacrificio de ejemplares infantiles y jóvenes, pues minimizaría los daños potenciales de dichas especies a los cultivos cerealistas. Por último, determinados detalles, como que algún segmento del grupo disfrutara ocasionalmente del consumo de carnes tiernas, revelan también la existencia de excedentes ganaderos, algo bastante impropio de una economía de mera subsistencia.

Análisis aparte merecen los caballos, tanto por su importancia cuantitativa como por las singulares pautas de tratamiento de las que parece fueron merecedoras sus carcasas. Representan el 51% del peso y el 25% del N.R. de toda la fauna estudiada, incluidas las especies salvajes,<sup>3</sup> proporciones no habituales en el Calcolítico meseteño, donde la presencia de caballo acostumbra a ser casi anecdótica, aunque con parangón en el yacimiento abulense de Aldeagordillo (24,64% del N.R. y 46,1% del peso) (Fabián García, 2006: 74). Otro rasgo a tener en cuenta sobre los équidos de El Casetón de la Era es su edad de sacrificio: en toda la muestra no hay un solo potro, siendo todos los ejemplares subadultos, adultos (la mayoría) y seniles. Esta constatación acredita que el sacrificio se polarizó en individuos con una edad óptima para su uso como montura o fuerza de tiro, lo que nos inclina a pensar que se trataba de animales silvestres cazados. En todo caso, puede asegurarse que se trataba una actividad cinegética perfectamente planificada y nada oportunista presidida por dos preocupaciones: una cuidadosa selección de los ejemplares

que aportaban mayor biomasa y una renuncia absoluta al sacrificio de individuos jóvenes, en este caso con el fin de asegurar la supervivencia de la manada.

Cuestión merecedora también de comentario es la evidente selección de los contextos en los que los restos de équidos fueron depositados. En este sentido, resulta enormemente reveladora la comparación entre los hallazgos de caballo habidos en los hoyos, donde no representan más del 9% del NR y del 13% del peso, y los realizados en el Foso 1, donde suponen el 30% del NR y el 55% del peso. La posibilidad de que esta desproporción observada en el foso sea puramente casual se ve minimizada por el hecho de que los análisis faunísticos de los Fosos 2 y 3, actualmente en curso, apuntan en la misma dirección. Se diría, pues, que existe una pauta de deposición específica de los restos de caballo que prioriza a fosos frente a hoyos, lo que se repite con otras dos especies, esta vez silvestres, ciervo y uro, aunque el número de restos sea en ambos casos mucho más bajo.<sup>4</sup> En contraposición, las especies domésticas comparecen por igual en hoyos y fosos y no se aprecian grandes desproporciones en las cifras de unos y otros.

Consecuentemente, consideramos que la abundancia de caballo en el Foso 1 y su falta de correspondencia en los hoyos responde a un comportamiento particular y deliberado que, por cierto, no difiere mucho de las dinámicas de relleno de algunos enclosures europeos, caso de Windmill Hill (Whittle y Pollard, 1998: 241-242; Whittle et al., 1999: 368), donde, en palabras de Márquez Romero (2006: 20), se detectan sofisticadas “relaciones estructurales entre contenidos y contenedores”. En este sentido, no nos resistimos a apuntar que quizá este criterio selectivo en la deposición de los équidos y otras especies silvestres pudiera guardar relación con actividades cinegéticas que requirieran de la participación colectiva del grupo, y con posteriores ceremonias de consumo comunitario, cuyo colofón consistía precisamente en arrojar los restos resultantes al fondo de los fosos. Un comportamiento, en suma, que generaría un registro arqueofaunístico muy diferente al de los hoyos, en el que predominan por completo las faunas domésticas tal vez, sencillamente, porque fueron resultado de un consumo no grupal sino doméstico y estrictamente familiar.

## 5. LA REOCUPACIÓN DEL CASETÓN DE LA ERA EN EL BRONCE MEDIO

En el mediodía de la Península Ibérica se conocen algunos recintos que continúan añadiendo fosos durante la segunda mitad del III milenio AC. Sucede, por ejemplo, en Perdígões, donde el foso exterior, que varía ostensiblemente su trazado para salvar la necrópolis de *tholoi*, presenta cerámicas campaniformes en su relleno (Evangelista y Jacinto, 2007: 126). Circunstancia similar, a juzgar por su datación C<sup>14</sup>, se acredita tanto en el foso 5 de Marroquíes Bajos, que se asimila a la fase ZAMB 3, ya campaniforme (Márquez y Jiménez, 2010: 177), como en el

3 Del estudio se han descartado abundantísimos restos de conejo aparecidos, dada su problemática asociación temporal con los contextos excavados.

4 Se han descartado las astas de ciervo, elemento que si aparece con cierta frecuencia en los hoyos, por considerar que muchas de ellas pueden ser de desmogue y estar relacionadas no con el consumo de carne, sino con su uso como materia prima para la fabricación de puntas de flecha, mangos y otros útiles.

también jienense foso 1 de La Venta de Rapa (Lechuga et al., 2014). Y, con la diferencia de que representa un complemento de una fortificación murada, parecida valoración convendría al foso de la ciudadela del asentamiento pacense de San Blas cuya colmatación culminó hacia 2235 AC (Hurtado, 2004: 147).

Se trata, sin embargo, de situaciones excepcionales, pues la norma, tanto en los recintos del Suroeste peninsular como en los de la Meseta Sur, es que todo el dispositivo de fosos se halle ya completamente amortizado a finales del Cobre Pleno sin que a partir de entonces vuelvan a excavar nuevas trincheras (Márquez y Jiménez, 2010: 204-208). Podría afirmarse, entonces, que la larga trayectoria del fenómeno de los recintos toca a su fin con el campaniforme, pero poniendo buen cuidado en advertir que no por ello todos los sitios en origen fosados sufrieron abandono. Más bien al contrario, los ejemplos de reutilización campaniforme de antiguos yacimientos con anillos son innumerables cual prueban en la propia Meseta los sitios de Gózquez y Camino de Las Yeseras: allí una serie de estratos horizontales con cerámicas Ciempozuelos se superponen a los depósitos más altos de la colmatación de la zanja exterior (Díaz del Río, 2003: 69), mientras que en Yeseras el calibre de los documentos funerarios campaniformes es de tal magnitud que nos exime de aportar otros datos para ilustrarlo (Liesau et al., 2008).

En El Casetón de la Era donde, como vimos páginas atrás, se cumple el axioma de que los tres fosos se hallaban amortizados ya en el Cobre Pleno, no hay huella alguna en cambio —y es dato bastante sólido, al haberse excavado cerca de 1.500 m<sup>2</sup>— de ocupación posterior campaniforme. La situación, además, probablemente guarda relación con lo anotado en la mayoría de los recintos conocidos del valle medio del Duero, pues durante su prospección, pese a la abundancia de hallazgos, solo alcanzó a rescatarse un aislado fragmento de cerámica Ciempozuelos en uno de ellos, el anillo vallisoletano de El Cesto, en Nueva Villa de las Torres (Delibes et al., 2014: 116-117). Es posible que las cosas sean así porque, como revela un estudio de la trayectoria del patrón de asentamiento del sector central de la Submeseta Norte, los establecimientos campaniformes, a diferencia de los poblados con fosos que por sistema se ubican en zonas bajas, de vega, se decantaron por emplazamientos en alto y con amplio dominio visual (Rodríguez Marcos, 2008: 398-407). En todo caso, lo inobjetable es que en esta fase de la Prehistoria Reciente El Casetón sufrió un absoluto abandono, siendo probable que su población se trasladara medio kilómetro al Oeste, cerca del arroyo Mijares y junto a la base de las cuevas que se desploman abruptas desde los Montes Torozos. Y es que allí, bajo las ruinas del monasterio cisterciense de Santa María de Matallana, fundado a fines del siglo XII (Crespo et al., 2006), se documenta la existencia de un campo de hoyos entre cuyos restos no faltan las típicas cerámicas del estilo Ciempozuelos (fig. 11).

Tras un prolongado vacío de casi un milenio, porque tampoco se conocen restos del Bronce Antiguo,<sup>5</sup> El Casetón volverá a la vida a mediados del II milenio AC, aunque no estemos en condiciones de asegurar que la ocupación fuera de la misma



Fig. 11. Fragmento de cuenco campaniforme del estilo Ciempozuelos hallado en el subsuelo del vecino monasterio de Santa María de Matallana.

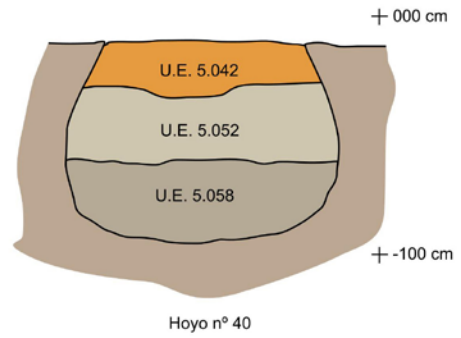
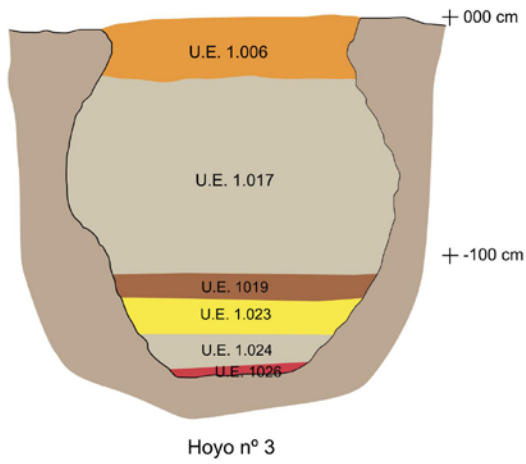
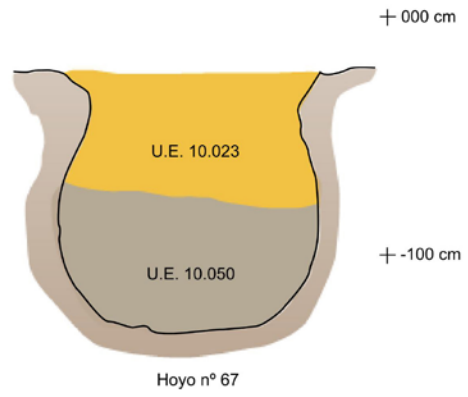
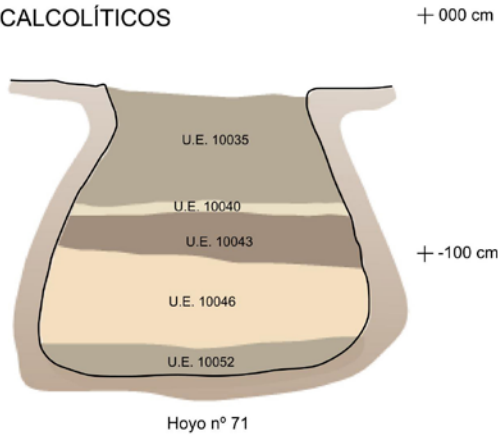
naturaleza que la registrada en la Edad del Cobre. En esta, como vimos, el binomio cabañas / hoyos con restos de consumo avala sin reparos la existencia de un poblado, de una aldea, mientras que cuanto se conoce del Bronce Medio son solo unos hoyos dispersos sin el complemento de las viviendas lo cual, unido al aire ceremonial del contenido de alguno de los pozos, no descarta otras formas de uso.

Pese a ser conscientes de que solo analizando pormenorizadamente cada hoyo, esto es, diseccionando con rigor el contexto de los hallazgos, será posible acceder a su verdadero significado, a cuanto aspiramos aquí es a proporcionar una visión de conjunto de las estructuras de este tipo correspondientes a la Edad del Bronce. Su número y densidad —27 hoyos frente a 56 en el área excavada— son claramente más bajos que los calcolíticos; no es raro que se presenten agrupados en determinadas zonas del yacimiento; y difieren de los de la Edad del Cobre en su morfología ya que, siendo ambos cilíndricos —o todo lo más, los calcolíticos, en forma de saco—, resultan en general mucho menos profundos, o dan al menos la impresión de más apaisados debido a la amplitud del diámetro de sus bocas (fig. 12).

Otro rasgo común a la mayoría de los hoyos del Bronce Medio es que presentan las paredes rubefactadas, como consecuencia de haberse practicado fuego en su interior; fuego del que, además, nada raramente sobreviven en el fondo de las fosas cenizas y restos de madera quemada. Y, salvo en el hoyo nº 14, que contenía el esqueleto completo de una ternera decapitada (la cabeza colocada encima del cuerpo) y que no había sido objeto del menor aprovechamiento cárnico, lo que da pie a pensar en un sacrificio (fig. 13), los materiales de sus rellenos no suelen prestarse a otra interpretación que no sea la de basureros... aunque pudieran no haberlo sido: cenizas, restos no muy abundantes de fauna, algún sílex aislado y unas cuantas cerámicas cuyo grado de fragmentación es infinitamente superior al que presentan normalmente las de los hoyos de la Edad del Cobre.

5 No así en el interior del vecino monasterio de Matallana, en cuyo patio de entrada se han hallado varios hoyos con materiales cerámicos de esta cronología.

HOYOS CALCOLÍTICOS



HOYOS DE LA EDAD DEL BRONCE

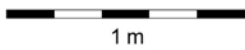
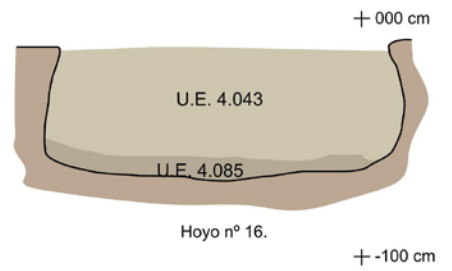
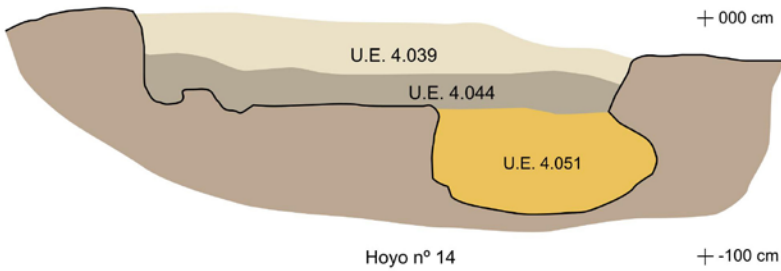
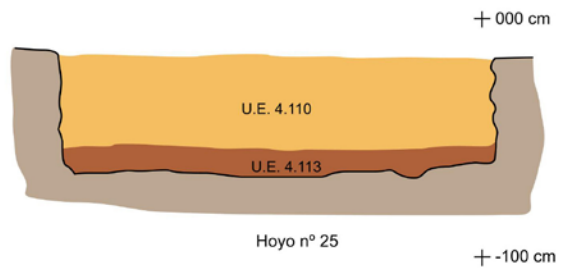
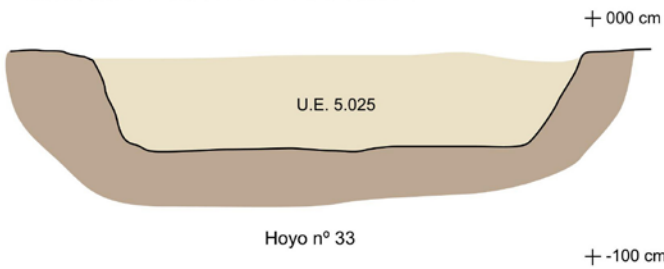


Fig. 12. Secciones de hoyos calcolíticos y de la Edad del Bronce.



Fig. 13. Osamenta de bóvido depositado en el Hoyo nº 14.

Casi todos los citados fragmentos corresponden a recipientes lisos cuyas formas no es fácil reconstruir, pero no faltan unos pocos cuyos perfiles (de vasijas troncocónicas y bordes muy abiertos) y cuyas decoraciones (sobre todo triángulos y espigas incisas que adornan la panza y los bordes) apuntan concluyentemente a la fase formativa de Cogotas I u Horizonte Cogeces, representativo del Bronce Medio del interior peninsular (Delibes y Fernández Manzano, 1981; Abarquero, 2005; Abarquero et al., 2013: 315-317). En algunas de las piezas las decoraciones conservan, además, restos de pasta blanca, lo que es también muy característico de la alfarería del momento, y, aunque raras (hoyos 2, 17, 26 y 28), se registran asimismo algunas piezas con líneas de Boquique, lo que parece trasladarnos a momentos avanzados del Protocogotas (Rodríguez Marcos, 2008: 362).

Todo ello se ve en gran medida refrendado por el radiocarbono (fig. 14). Cuatro de las cinco dataciones relativas a contextos del Bronce Medio de El Casetón de la Era –dos del hoyo 14 y una de los hoyos 23 y 28– muestran una indudable agrupación que remite, ya calibradas las fechas a 1 sigma,<sup>6</sup> a la horquilla 1600-1335 AC. La media de probabilidad del conjunto asciende a 1475 AC, es decir a un momento ligeramente anterior al inicio de la etapa de Plenitud de Cogotas I (Esparza et al., 2012: 267-269), pero el desfase entre la mediana de la más antigua (hoyo 23 = 1526 AC) y la de la más moderna (hoyo 38 = 1422 AC) es considerable sugiriendo que la actividad en el yacimiento en la Edad del Bronce lejos de reducirse a un instante, se extendió durante cierto tiempo a caballo entre el final del Protocogotas y el inicio del Cogotas Pleno. En definitiva, en la ocupación del Bronce se advierte una trayectoria y cierta profundidad temporal, detalle éste, por otra parte, que tampoco cuesta gran trabajo admitir tanto observando que determinados hoyos –por ejemplo los nº 22 y 26– se cortan entre sí, como sabiendo a través de los datos de un sondeo puntual que a 300 m al sur del recinto exterior, al pie de la loma de

La Tejera, menudean las cerámicas con formas evolucionadas y complejas decoraciones excisas y del Boquique, propias ambas de momentos plenos y finales del Cogotas I.

Por último, merece un comentario especial la datación  $C^{14}$  referida al hoyo nº 16 que muestra la particularidad de haber sido excavado en el relleno superior del foso 2, de clara cronología calcolítica como vimos. La presencia en su interior de cerámicas inconfundibles de la Edad del Bronce demuestra que fue entonces cuando se acometió su relleno, por más que la datación, sobre muestra de hueso, se remonte a la Edad del Cobre: 2572-2487 AC a 1 sigma. La explicación parece sencilla: tras realizarse el depósito Cogotas, el hoyo fue inmediatamente amortizado para lo que se utilizó el sedimento calcolítico del foso extraído durante su excavación. Todo, sin duda, de una gran coherencia y muy aleccionador de cara a interpretar la convivencia de objetos de distintas épocas que se repite en no pocos pozos de cualquier campo de hoyos prehistórico (Liesau et al., 2014).

## 6. EPÍLOGO

Escribían hace años T. Darvill y J. Thomas (2001: 13) que la idea de que todos los recintos de fosos europeos pudieran haber respondido a las mismas necesidades y haber desempeñado idéntica función era tan ridícula como la de intentar aplicar idénticos criterios para su clasificación. Con esto subrayaban, de un lado, el carácter polimorfo del fenómeno, y de otro el muy diferente desarrollo de las sociedades que los crearon, porque parece evidente, por ejemplo, que la complejidad de las comunidades responsables de la gran obra de Marroquies Bajos, abarcando en su interior 113 ha, no es, ni de lejos, comparable con la de los pequeños *enclosures* de la Submeseta Norte. Y a través de su afirmación, también, se ponía de manifiesto la necesidad de afrontar estudios “de caso” como el de nuestro yacimiento.

A propósito, concretamente, de El Casetón de la Era y de los recintos del valle medio del Duero cabe destacar sus pequeñas dimensiones porque, asumiendo que, en general, todos los

6 Calibración realizada de acuerdo con el programa OxCal v4.2.4 (Bronk Ramsey y Lee, 2013).

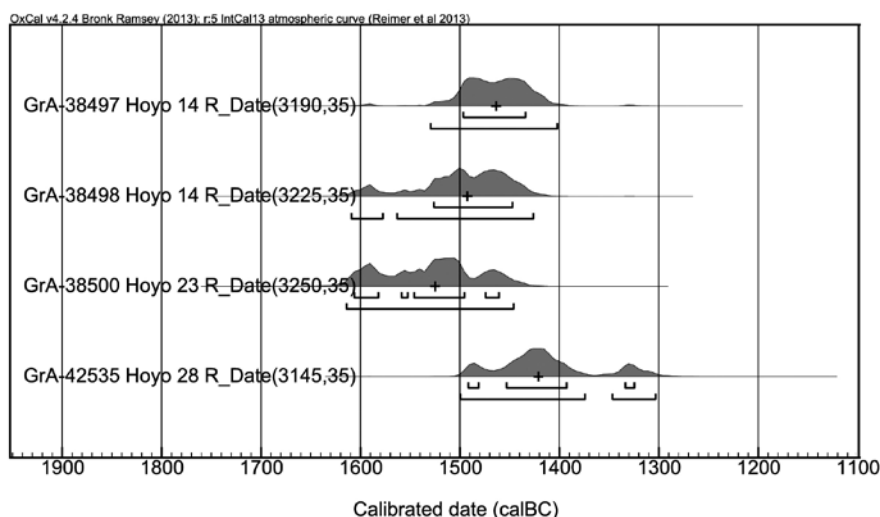


Fig. 14. Dataciones radiocarbónicas, calibradas a 2 sigmas, para contextos de la Edad del Bronce.

enclosures, fueron fruto de una labor comunal, relativiza tanto el tamaño de la fuerza de trabajo que fue necesario movilizar para su construcción como la capacidad de hacerlo por parte de algunos líderes. Por lo que conocemos hasta ahora de este sector de la Meseta, no se registra una dinámica de agregación del poblamiento o un fenómeno de sinecismo a gran escala; no existen enormes enclaves como los del mediodía peninsular (Díaz del Río, 2004). Y, frente a ello, la imagen que destila nuestro establecimiento es la de una modesta aldea en la que, por más que se acredite una notable producción agrícola, rige básicamente un “modo doméstico” de producción, sin especialistas, porque ¿qué plusvalía pudo obtener de su trabajo el propietario del único crisol hallado en el yacimiento, cuando en los 1500 m<sup>2</sup> excavados solo han aparecido cinco pequeños objetos de metal? Tenemos la impresión, pues, de estar ante el poblado de una pequeña comunidad campesina que además vive muy replegada sobre sí misma, recurriendo casi exclusivamente al entorno para la obtención de las materias primas necesarias para la fabricación de su instrumental: el sílex y la caliza de los páramos vecinos. Y es que, curiosamente, apenas llegan al yacimiento con cuentagotas objetos o materiales foráneos (hachas pulimentadas de sillimanita y diorita, cuentas de variscita, algún pedernal exótico, el propio cobre...) en una etapa, paradójicamente, en la que los circuitos por los que fluían los bienes de prestigio se hallaban especialmente activos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO, F.J.; BLANCO-GONZÁLEZ, A.; ESPARZA, A. y RODRÍGUEZ-MARCOS, J.A. (2013): “The Central Iberian Meseta at the time of the Thera eruption: an overview”. En H. Meller, F. Bertemes, H.R. Bork y R. Risch (eds.): *1600 – Kultureller Umbruch im Schatten des Thera-Ausbruchs? / 1600 – Cultural change in the shadow of the Thera-Eruption? 4. Mitteldeutscher Archäologentag vom 14. bis 16. Oktober 2011 in Halle (Saale) / 4th Archaeological Conference of Central Germany October 14–16, 2011 in Halle (Saale)*. Landesamt für Denkmalpflege und Archäologie Sachsen-Anhalt – Landesmuseum für Vorgeschichte Halle (Saale) (Tagungen des Landesmuseums für Vorgeschichte Halle, band 9), Halle, p. 315-326.
- ABARQUERO MORAS, F.J. (2005): *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad de Bronce*. Arqueología en Castilla y León, Monografías, 4, Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León, Valladolid.
- ANDERSON, P. e INIZAN, M.L. (1994): “Utilisation du tribulum au début du III<sup>e</sup> millénaire: des lames cananéennes lustrées à Kután (Ninive V) dans le région de Mossoul, Iraq”. *Paléorient*, 20, p. 85-103.
- BALSERA, V.; BERNABEU AUBÁN, J.; COSTA-CARAMÉ, M.; DÍAZ-DEL-RÍO, P.; GARCÍA SANJUÁN, L. y PARDO, S. (2015): “The radiocarbon chronology of southern Spain’s late prehistory (5600–1000 cal BC): a comparative review”. *Oxford Journal of Archaeology*, 34 (2), p. 139-156.
- BECKER, H.; CRESPO, M.; DELIBES, G. y RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (e.p.): “Prospección magnetométrica del recinto de fosos calcolítico de El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid): representación gráfica e interpretación arqueológica”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXXX.
- BLANCO GONZÁLEZ, A. (2004): *El poblamiento del Bronce Final y Primer Hierro en el sector meridional de la Submeseta Norte*. Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca. <http://hdl.handle.net/10366/76407>
- BRONK RAMSEY, C. y LEE, S. (2013): “Recent and planned developments of the program Oxcal”. *Radiocarbon*, 55 (2-3), p. 720-730.
- CARMONA BALLESTEROS, E. (2013): *Calcolítico en la Cuenca Media del Arlanzón (Burgos, España). Comunidades campesinas, procesos históricos y transformaciones*. BAR International Series 2559, Archaeopress, Oxford.
- CRESPO DÍEZ, M.; HERRÁN MARTÍNEZ, J.I., y PUENTE APARICIO, M.J. (2006): *El monasterio cisterciense de Santa María de Matallana*. Diputación de Valladolid, Valladolid.
- DARVILL, T. y THOMAS, J. (2001): “Neolithic Enclosures in Atlantic northwest Europe: Some recent trends”. En T. Darvill y J. Thomas (eds.): *Neolithic Enclosures in Atlantic northwest Europe*. Neolithic Studies Group Seminar Papers n<sup>o</sup> 6, Oxbow Books, Oxford, p. 1-23.
- DELGADO, J. (2007): *Informe geológico del yacimiento arqueológico de Matallana (Valladolid)*. Informe técnico inédito depositado en el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Valladolid.

- DELIBES DE CASTRO, G.; CRESPO DÍEZ, M.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; HERRÁN MARTÍNEZ, J.I. y RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (2009): “¿Stonehenge en Tierra de Campos? Excavaciones en el yacimiento de la Edad del Cobre de El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid)”. En *Conocer Valladolid. II Curso de Patrimonio Cultural (2008-2009)*. Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción, Valladolid, p. 15-33.
- DELIBES DE CASTRO, G.; CRESPO DÍEZ, M.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; HERRÁN MARTÍNEZ, J.I. y RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (2010): “Un recinto de fosos calcolítico en el valle medio del Duero: el Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid)”. *Actas de las IV Jornadas sobre Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*. Comunidad de Madrid, Madrid, p. 239-247.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ-MANZANO, J. (1984): “El castro protohistórico de ‘La Plaza’ en Cogeces del Monte (Valladolid): reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 47, p. 51-70.
- DELIBES DE CASTRO, G.; GARCÍA, M.; OLMO, J. del y SANTIAGO, J. (2014): *Los recintos de fosos calcolíticos del valle medio del Duero: Arqueología Aérea y Espacial*. Studia Archaeologica nº 100, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G. y HERRÁN MARTÍNEZ, J.I. (2007): *La Prehistoria*. Colección Biblioteca Básica de Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, Valladolid.
- DÍAZ DEL RÍO, P. (2003): “Recintos de fosos del III Milenio AC en la Meseta peninsular”. *Trabajos de Prehistoria*, 60 (2), p. 61-78.
- DÍAZ DEL RÍO, P. (2004): “Faccionalismo y trabajo colectivo durante la Edad del Cobre peninsular”. *Trabajos de Prehistoria*, 61 (2), p. 85-98.
- DÍAZ DEL RÍO, P. (2008): “El contexto social de las agregaciones de población durante el calcolítico peninsular”. *Era Arqueológica*, 8, p. 128-137.
- ESPARZA, A.; VELASCO, J. y DELIBES, G. (2012): “HUM 2005-00139: Planteamiento y primeros resultados de un proyecto de investigación sobre la muerte en Cogotas I”. En J.A. Rodríguez Marcos y J. Fernández Manzano (coords.): *Cogotas I. Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*. Serie Arte y Arqueología nº 30, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid, p. 259-320.
- EVANGELISTA, M.S. y JACINTO, M.J. (2007): “Deposições intencionais ou naturais? Análise estratigráfica e material do fosso exterior do recinto dos Perdigos (Reguengos de Monsaraz)”. *Vipasca. Arqueologia e Historia*, 2 (2ª serie), p. 122-127.
- FABIÁN GARCÍA, J.F. (2006): *El IV y III Milenio AC en el Valle Amblés (Ávila)*. Arqueología en Castilla y León, Monografías 5, Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León, Valladolid.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. (2010): *Restos faunísticos del yacimiento de ‘El Casetón de la Era’ (Finca Coto Bajo de Matallana, Villalba de los Alcores - Valladolid)*. *Intervención Arqueológica 2007*. Informe técnico inédito depositado en la Universidad de Valladolid.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. (2013): *Restos faunísticos del yacimiento de ‘El Casetón de la Era’ (Finca Coto Bajo de Matallana, Villalba de los Alcores - Valladolid)*. *Intervención Arqueológica 2009*. Informe técnico inédito depositado en la Universidad de Valladolid.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. (1998): *La investigación protohistórica de la Meseta y Galicia*. Arqueología Prehistórica 1, Editorial Síntesis, Madrid.
- GARCÍA GARCÍA, M. (2013): “Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora): dos nuevos recintos de fosos calcolíticos en el Valle del Duero”. *Trabajos de Prehistoria*, 70 (1), p. 175-184.
- GARCÍA BARRIOS, A.S. (2007): *Los inicios de la Edad del Cobre en el Valle Medio del Duero: Una aproximación a los modos de vida en el centro de la Meseta en los albores de la metalurgia*. Tesis Doctoral, Universidad de Valladolid.
- HERNÁNDEZ PACHECO, E. (1915): *Geología y Paleontología del Mioceno de Palencia*. Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, nº 5, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid.
- HURTADO, V. (2004): “El asentamiento fortificado de San Blas (Cheles, Badajoz). III Milenio AC.”. *Trabajos de Prehistoria*, 61 (1), p. 141-155.
- LECHUGA CHICA, M.A.; SOTO CIVANTOS, M. y RODRÍGUEZ-ARIZA, M.O. (2014): “El poblado calcolítico ‘Venta del Rapa’ (finales III milenio Cal. BC.), Mancha Real, Jaén. Un recinto de fosos entre las estribaciones de Sierra Mágina y el Alto Guadalquivir”. *Trabajos de Prehistoria*, 71 (2), p. 353-367.
- LIESAU, C.; BLASCO, C.; RÍOS, P.; VEGA, J.; MENDUIÑA, R.; BLANCO, J.F. y GÓMEZ, J.L. (2008): “Un espacio compartido por vivos y muertos: El poblado calcolítico de fosos de Camino de las Yeseras (San Fernando de Henares, Madrid)”. *Complutum*, 19 (1), p. 97-120.
- LIESAU, C.; ESPARZA, A. y SÁNCHEZ POLO, A. (2014): “¿Huesos en la basura o depósito ritualizado? Los perros descuartizados de La Huelga (Dueñas, Palencia)”. *Zephyrus*, 74, p. 89-115.
- LÓPEZ SÁEZ, J.A. (2007): *Paleoambiente en el III Milenio cal. B.C. Análisis palinológico del yacimiento calcolítico de ‘El Casetón de la Era’ (Finca de Matallana, Villalba de los Alcores, Valladolid)*. Informe técnico inédito depositado en el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Valladolid.
- MÁRQUEZ ROMERO, J.E. (2006): “Sobre los depósitos estructurados de animales en los yacimientos de fosos del Sur de la Península Ibérica”. En E. Weiss-Krejci (ed.): *Animais na Pré-história e Arqueologia da Península Ibérica. Actas do IV Congresso de Arqueologia Peninsular (Faro, 2004)*. Faro, p. 15-26.
- MÁRQUEZ ROMERO, J.E. (2013): “Yacimientos prehistóricos de fosos: una lectura alternativa a un problema histórico ya clásico”. En L. García Sanjuán et al. (eds.): *El asentamiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla). Investigación y tutela en el 150 aniversario del descubrimiento La Pastora*. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, p. 77-92.
- MÁRQUEZ, J.E. y JIMÉNEZ, V. (2010): *Recintos de fosos: genealogía y significado de una tradición en la Prehistoria del suroeste de la Península Ibérica (IV-III milenios AC)*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga.
- MORALES MUÑIZ, A. (1992): “Estudio de la fauna del yacimiento calcolítico de ‘Las Pozas’ (Casaseca de Las Chanas, Zamora): campaña 1979”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVIII, p. 65-96.
- OSWALD, A.; DYER, C. y BARBER, M. (2006): *The Creation of Monuments. Neolithic Causewayed Enclosures in the British Isles*. English Heritage, Swindon.
- PARKINSON, W.A. y DUFFY, P.R. (2007): “Fortifications and Enclosures in European Prehistory: A Cross-Cultural Perspective”. *Journal of Archaeological Research*, 15 (2), p. 97-141.

- PORTILLO, M. y ALBERT, R.M. (2012): *Análisis de fitolitos sobre muestras de sedimentos procedentes del yacimiento de la Edad del Cobre de El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid)*. Informe técnico inédito depositado en el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Valladolid.
- RÍOS MENDOZA, S. (2011): “La cronología. Nuevas fechas para el calcolítico de la región de Madrid. Aproximación cronocultural a los primeros poblados estables”. En C. Blasco, C. Liesau y P. Ríos (eds.): *Yacimientos calcolíticos con campaniforme de la región de Madrid: Nuevos estudios*. Madrid, p. 73-86.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (2008): *Estudio secuencial de la Edad del Bronce en la Ribera del Duero (Provincia de Valladolid)*. Arqueología en Castilla y León, Monografías, 7, Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León, Valladolid.
- ROJO, M.A.; KUNST, M.; GARRIDO, R.; GARCÍA, I. y MORÁN, G. (2008): *Paisajes de la memoria: asentamientos del Neolítico Antiguo en el Valle de Ambrona (Soria, España)*. Serie Arte y Arqueología nº 23, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid.
- RUIZ ALONSO, M. y PEÑA CHOCARRO, L. (2012): *Segundo estudio arqueobotánico (carbones y semillas) del yacimiento el Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid)*. Informe técnico inédito depositado en el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Valladolid.
- SERRANO PEÑA, J.L.; PORTERO FERNÁNDEZ, V. y CANO CARRILLO, J. (2011): *Marroquies Bajos en su tiempo y arqueología urbana en Jaén. Intervención arqueológica en el Centro Comercial El Corte Inglés de Jaén. El Corte Inglés*. Ámbito Cultural, Granada.
- TRANCHO, G.; ROBLEDÓ, B.; LÓPEZ BUEIS, I. y FABIÁN, F.J. (2000): “Reconstrucción del patrón alimenticio de dos poblaciones prehistóricas de la Meseta Norte”. *Complutum*, 7, p. 73-90.
- WHITTLE, A. y POLLARD, J. (1998): “Windmill Hill causewayed enclosure: the Harmony of Symbols”. En M. Edmonds y C. Richards (eds.): *Understanding the Neolithic of North-Western Europe*. Cruithne Press, Glasgow, p. 231-247.
- WHITTLE, A.; POLLARD, J. y GRIGSON, C. (1999): *The harmony of symbols. The Windmill Hill causewayed enclosure*. Oxbow Books, Oxford.
- ZAFRA DE LA TORRE, N.; CASTRO, M. y HORNOS, F. 1999: “Una macro-aldea en el origen del modo de vida campesino: Marroquies Bajos (Jaén) c. 2500-2000 cal. A.N.E.”. *Trabajos de Prehistoria*, 56 (1), p. 77-102.